



#27

Junio 2022

El ejercicio del **pensar**

**Reconstruir
la totalidad.
Una apuesta
desde el
marxismo
latinoamericano**

Agustín Cueva,
30 años después

TERCERA PARTE

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Carolina Hernández Calvario
Oscar David Rojas Silva
Tomás Quevedo Ramírez
René Baez

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Herencias
y perspectivas
del marxismo**



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora
Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,
Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |
<www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Coordinadora

María Elvira Concheiro Bórquez
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias
y Humanidades
Universidad Nacional Autónoma de México
elvira.concheiro@gmail.com

Editor

Jaime Ortega Reyna
gtmarxismo@gmail.com

Coordinadores de este número

Sofía Lanchimba
Andrés Tzeiman

Facebook (a cargo de Miguel Meléndez):
<https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120>

Nuestro boletín se titula **El ejercicio del pensar** en honor a **Fernando Martínez Heredia** (1939-2017), marxista cubano, caribeño y latinoamericanista.

Contenido

**5 El método y la transición
en Agustín Cueva**

Carolina Hernández Calvario
Oscar David Rojas Silva

**17 Tras las huellas de la sociología
latinoamericana en la segunda
mitad del siglo XX**

Notas de dos ensayos
de Agustín Cueva

Tomás Quevedo Ramírez

38 Archivo. Radiografía de su obra

La disidencia en Disneylandia

René Baez

El método y la transición en Agustín Cueva

Carolina Hernández Calvario*
Oscar David Rojas Silva**

Introducción

Leemos a Agustín Cueva en un momento en el que las izquierdas experimentan un proceso de reagrupamiento, frente a un neoliberalismo en decadencia; en un momento dialéctico en el que lo político ha cobrado la fuerza necesaria para replantear el desarrollo económico, sabiendo que lo económico —sin caer en el economicismo— es el principal determinante de las estructuras sociales. Esto que, en apariencia, es un simple ejercicio de ubicación, encierra una complejidad definitoria en nuestras ciencias sociales: la toma de conciencia de que entre las y los investigadores, agentes de la política y culturales existe una relación mutua; es decir, nos constituimos entre sí. Somos una comunidad en praxis política para la reproducción de la vida.

* Invitada por el Grupo de Trabajo CLACSO “Herencias y perspectivas del marxismo”. Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalpa.

** Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO “Herencias y perspectivas del marxismo”. Profesor de Economía Política en la Facultad de Estudios Superior-Acatlán.

Agustín Cueva reconoció la importancia de la producción cultural —específicamente la literatura— como un *campo* de lucha simbólica en la definición práctica de la realidad (Benjamin, Walter, 2008). El ámbito de la producción literaria no sería un mero reflejo sino una acción co-determinante de la realidad. La subjetividad deja de ser, así, un acto pasivo de la estructura objetiva y adquiere el reconocimiento de su agencia como *elemento activo* dentro de una *formación social*.

Así, en el contexto del actual proceso de transición a escala sistémica, es necesario vaciar las categorías tradicionales y dotarlas de una visión de transición. Y así entender al método dialéctico como llave para proyectar el movimiento y el sentido de su desenvolvimiento en el camino desde la abstracción a la concreción, con el fin de generar vías para la concepción de políticas de transformación.

El rescate del método

En sus textos de crítica literaria, Cueva (1967; 1981a) despliega una reflexión sobre la literatura ecuatoriana partiendo de la *noción ontológica* del *materialismo histórico*. Destaca la imagen de la realidad social como *totalidad articulada en constante mutación*, en la que se advierten no solo *patrones* de comportamiento sino *leyes de desarrollo*. Esto significa que sus diversos elementos se encuentran relacionados entre sí bajo una complejidad de sucesiones cualitativas que determinan el momento o fase histórica alcanzada por el todo social.

Con esta postura se reconoce no solamente la adopción de la *lógica dialéctica* como “única capaz de captar, sin mecanicismos ni unilateralidades, la enmarañada realidad del flujo histórico” (Cueva, Agustín, 1981a, en Sosnowski, Saúl, 1996, p. 202), sino también la *ética* correspondiente a esta visión: los resultados deben servir para la transformación revolucionaria de la realidad¹. Por tanto, el uso riguroso de las categorías

¹ Postura compartida con Rene Zavaleta (1974, p. 7): “Servimos en el marxismo a la realidad, es decir, al mundo objetivo, a las clases sociales y su conjunto material, a la escala de su desarrollo y al momento de su desarrollo. Es estudio de las condiciones objetivas del momento presente es, por cierto, algo que caracteriza a

como un sistema dinámico de totalidad es central en la visión epistemológica-militante de nuestro autor. Aporte, por demás, significativo y enmarcado en un momento en el que comenzaba a producirse un viraje en el pensamiento social latinoamericano, tendiente a la desaparición de las categorías en el análisis, en aras de privilegiar el uso de términos abstractos que poco, o nada, dicen.

Esta elección por el *método dialéctico* como punto de partida le concede a Cueva una base sólida para llevar a cabo críticas comparativas con los desarrollos teóricos de su época. Le permite realizar una inspección lógica de las secuencias categoriales que llevan a develar problemas de ideologización bajo la estructura dominante (eurocentrismo). De ahí sus reflexiones en torno al intelectual de un país colonizado, en el marco de un horizonte de visibilidad social para la emergencia del marxismo en América Latina.

Recordemos que, en las décadas de mayor desarrollo intelectual de nuestro autor, pocos eran los trabajos que, desde América Latina, buscaban combatir los patrones hegemónicos-totalitaristas y colonizadores del dispositivo global del conocimiento basado en la idea de una historia universal —y de una cultura ejemplar, por supuesto—. Por ello, la potencia de su crítica a la perspectiva ideológica del colonizador, que dicta que “todo pueblo colonizado carece de historia; por definición no la posee, ya que tal categoría es atributo de la ‘civilización’ y no de la ‘barbarie’” (Cueva, Agustín, 1981, p. 31), ha sido fuente de inspiración para pensadores que buscan romper con la importación de modelos que *no se deducen* de las contradicciones propias de las sociedades que se estudian (Bautista, Juan José, 2014; De Sousa, Boaventura, 2008). En esto reside el problema de la colonización del saber.

Lo mismo para quienes, como los autores de este documento, batallamos contra el economicismo, sin abandonar la dimensionalidad estructural en los análisis. Por ello, recurrimos al rescate del concepto de

una correcta política marxista. Es verdad, sin embargo, que no se sirve de un modo adecuado a la realidad sino cuando se la transforma.”

modo de producción como fundamento de referencia para proyectar la estructura categorial correspondiente², y, con ello, reproducir cognitivamente la realidad en forma metódica a través de un núcleo o relación determinante principal. Dejamos con ello claro que nuestra crítica no se limita a una impugnación moral, sino que es el resultado de un análisis científico.

Para ello, en *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales* (2004) se encuentra un amplio desarrollo sobre el orden de abstracción de las categorías de la crítica de la economía política, y también de la ubicación funcional para efectos de ordenar la discusión de los fenómenos que suelen traslaparse cuando el método no se encuentra plenamente desarrollado. Nos referimos particularmente a la distinción entre las *fuerzas productivas* y las *relaciones sociales de producción*, cuya interacción se encuentra mediada por dos categorías esenciales: las *clases sociales* y las *relaciones de propiedad*.

Esta aclaración es importante puesto que marca el límite de visión de posiciones desarrolladas en las décadas de los 60 y 70. De ahí las críticas elaboradas por el autor a la teoría de la dependencia, que “demuestra los límites a los que puede llegar una revolución teórica que, para superar al marxismo ‘tradicional’, no vacila en reemplazar la lucha de clases por la ‘sustitución de importaciones’ como motor de la historia (Cueva, Agustín, 2018, p. 52), y a reducir la problemática del desarrollo de nuestros países al desarrollo unilateral de las fuerzas productivas (Moreano, Alejandro, 2015).

Partiendo de la premisa de que los conceptos más abstractos captan las estructuras más profundas y generales, Cueva basó su análisis en la categoría Formación Económico Social (FES), a un nivel mayor de concreción, mientras que el modo de producción apunta a una realidad más abstracta. De esta manera, se constituye al *modo de producción* como el modelo o matriz mediante el cual se puede evaluar la fase de desarrollo

² Para precisar es conveniente hacer explícita la diferencia entre dimensionalidad estructural y estructuralismo, esto para evitar confusiones de mecanismo. La realidad en tanto ontología presenta un dinamismo dimensional, el sistema categorial presenta una jerarquía estructurada.

en la que se encuentra la totalidad económica. La base llamada comúnmente “infraestructura” conlleva, a su vez, la dimensión superestructural en donde se agregan al análisis las instancias *jurídico-política* y la *ideológica*. La combinación específica de estos elementos en los distintos momentos históricos y en las expresiones regionales es lo que lleva a la necesidad de enunciar la FES, puesto que los principios de mayor abstracción solo tienen sentido si implican la evolución hacia una expresión concreta.

Por esto, en el trabajo presentado en uno de sus libros más importantes, *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1981), se presenta una revisión de conjunto de las formaciones diferenciadas en cada uno de los países de la región, para comprender la identidad de los procesos impuestos por el imperialismo norteamericano, especialmente en el periodo post-Bretton Woods hasta la caída del Muro de Berlín, donde cobró fuerza el proceso de materialización de la pretendida unilateralidad geopolítica.

De todo esto se desprende la propuesta del rescate del método presente en los trabajos de Agustín Cueva, aún más en momentos en los que se ha comprobado la tendencia que advertía nuestro autor a la derechización de la fase histórica, que inicia con la crisis del 82, y de la cual hoy se tiene documentado su alcance no sólo en la arena política, sino también en la epistemológica-institucional, formula perfecta para el retraso de los procesos de liberación, que hoy aqueja a nuestra región.

La importancia de los análisis de clase

Uno de los mayores aportes de Agustín Cueva fue ayudarnos a romper con un manejo teórico arbitrario de dos modelos: el de un capitalismo “clásico” y un capitalismo “dependiente”, que, como bien define el autor, no son otra cosa que dos tipos ideales en el sentido weberiano del término (Cueva, Agustín, 2015, p. 97).

Producto de la concepción positivista que critica Cueva, surgieron diversos trabajos cuyo nivel de análisis no fue más allá de los Estados-Nación. Razón por la cual, el autor, basado en la sólida crítica de que los Estados *no flotan en el vacío*, sino que se sustentan en relaciones históricas materializadas en la estructura de clase, es que optó por dirigir su diálogo con autores como René Zavaleta (1967), de quien obtuvo fuertes cimientos para ir más allá del pensamiento moderno que entiende cosas, pero no relaciones.

Partiendo de la premisa de que las relaciones sociales son generadoras de los sujetos, y no a la inversa, nuestro autor propone analizar el surgimiento de las clases sociales a nivel de la matriz económica de los diversos modos de producción (Cueva, Agustín, 2004, p. 16). Esta condición objetiva (económica) da cuenta del conjunto de elementos situados en un tiempo-espacio dinámico y transformativo de las clases sociales. En términos hegelianos se estaría hablando de las clases sociales desde su *estar*, pero la definición estaría incompleta si no se analiza a las clases desde su *ser*, es decir, desde su *cualidad relacional*: identidades específicas y determinadas que las definen, y que explican el nivel de conciencia que tienen de su posición en la totalidad. Lo que, se denomina *clase para sí*, definida como “la conciencia de lo que debe históricamente hacer (una clase) en conformidad con su ser” (Cueva, Agustín, 2004, p. 21).

La comprensión de ambas dimensiones implica un proceso de adquisición práctica de la conciencia de las relaciones de dominio implantadas a nivel estructural pero también del momento histórico que se vive, y de las contradicciones que están listas para superarse dialécticamente. Es decir, la distinción categorial lleva hacia la clarificación de los lineamientos de política efectiva a seguir, asunto de gran importancia en momentos como los actuales, en los que se tiene documentación de una clase capitalista transnacional (Robinson, William, 2021) que no alcanza a ser comprendida a cabalidad por ser analizada de manera aislada; a saber, sin el necesario análisis de las relaciones sociales que le dieron origen, y sin su contrario, sin el cual no se capta la tendencia o contradicción fundamental de su existencia, que está condicionada por la acción mutua entre ambos aspectos (De Gortari, Elí, 1979). Dicho lo cual,

no podemos entender el surgimiento de una clase capitalista trasnacional, sin entender a su contrario, la clase trabajadora trasnacional, la cual existe por las condiciones objetivas, aunque no se tenga conciencia de ella. En última instancia, su develación es necesaria para la discusión del sujeto histórico de transformación.

Elementos para una teoría de la transición

Las clases sociales, definidas a partir del modo de producción, no forman parte de una realidad estática, sino de totalidades orgánicas en movimiento que se nutren de su propia fuerza; es decir, de estructuras que son al mismo tiempo procesos, y que nunca se va a encontrar expresiones “puras” de los fenómenos. Por el contrario, siempre se encontrarán expresiones de distintos intereses sociales, que irán desde lo local hasta lo global, variarán dependiendo el sector económico, y, por supuesto, del tipo de sujeto productivo que derive de las distintas relaciones sociales de producción que se desarrollen.

Vale la pena recordar que, para Marx (2014), el método se encuentra imbricado con la realidad misma, por lo que hablar en términos “puros” de la lógica que lo anima queda relegado a un segundo plano (de aquí que la famosa introducción del 57 quedara incompleta). Pero dados los sucesos del siglo XX y lo que llevamos del XXI, se descubre que la modernidad merodea a nivel epistemológico para fundar sus prejuicios, por lo que vale la pena explicitar el método para evitar las múltiples confusiones del mundo de la pseudoconcreción, como señala Karel Kosik (1967).

Ahora bien, nuestro autor es muy acertado cuando en su análisis separa, para fines expositivos, las categorías *Formación Económico-Social* y *Modo de Producción*. Con ello se sientan las bases para una teoría de la transición, al contemplar que, en las sociedades actuales, es imposible encontrar un modo de producción en estado puro; por lo general se tienen varios modos de producción conviviendo entre sí, de ahí la relevancia del uso de la categoría *Formación Económico-Social*. Precisa que uno de ellos será hegemónico (*el dominante*), y mantendrá sobre los otros

modos de producción una relación de *subordinación*, fijándoles límites a su funcionamiento y desarrollo.

En este sentido, si la tarea es analizar el contenido esencial de estas clases sociales en surgimiento y proyección histórica, no se puede omitir que las clases sociales tienen como origen la explotación (la apropiación del excedente, realizado por alguien más), por más que, en las sociedades en las que se impuso la propiedad privada como relación social dominante, se confunda, con cierta alevosía, uso con pertenencia y posesión con propiedad. Confusión que, en última instancia, alimenta la detención artificial de la conciencia histórica.

De ahí que los aportes de Cueva (2004) en torno a estas distinciones cobren relevancia en momentos de transición. Sobre todo cuando no se tiene claridad respecto a las relaciones de propiedad que conllevan el derecho de apropiarse del trabajo ajeno no retribuido y de su producto (piénsese en la relación salarial); derecho que debe ser entendido como una institución meramente superestructural, que legitima la capacidad efectiva de disponer de determinados bienes en provecho de privados (Cueva, Agustín, 2004). De ahí que se trate de una relación económica, que la superestructura jurídica no hace más que reflejar y consolidar.

Ahora bien, a decir de autores como Bettelheim (1972, p. 85) de una manera general, *la posesión* está constituida por la capacidad de poner en acción los medios de producción”. Definición muy vinculada con *la capacidad técnica*, pero, como bien nos advierte Cueva (2004, p. 63), no puede ser concebida como una relación únicamente de tres elementos: trabajador directo, medios de trabajo, objeto de trabajo; también se debe incluir al no trabajador (propietario).

De no ser como se señala en el párrafo anterior, las siguientes aparentes paradojas no tendrían explicación: i) el caso de los altos directivos de las empresas transnacionales que *poseen* la propiedad casi ilimitada de una empresa que nos les pertenece, y ii) el caso de los trabajadores asalariados, quienes tienen el dominio técnico directo sobre el proceso de trabajo, pero esto no implica que tengan una relación de propiedad. De

ahí la necesidad de diferenciar entre relaciones técnicas de producción y relaciones sociales de producción; pues, aunque las primeras soportan *siempre* los efectos de las relaciones sociales de producción, estas no pueden ser analizadas al margen de una articulación dialéctica de las fuerzas productivas con las relaciones sociales de producción, entendidas como “aquellas *relaciones de propiedad y no propiedad* que se entablan entre los agentes y los medios de producción y, con esta mediación, entre los agentes mismos del proceso productivo (*relaciones de clase*).” (Cueva, Agustín, 2004, p. 85).

Además, en el contexto contemporáneo —y con el ánimo de ejemplificar lo aquí expuesto—, visibilizar las *zonas de transición*, como expresión de contradicciones dialécticas vivas, surgidas de las relaciones de producción transnacionales, requiere cuando menos, de un análisis de clase con los siguientes elementos: i) los trabajadores asalariados a los subcontratados, ii) los productores libres independientes, o proveedores de las cadenas globales de valor, iii) los trabajadores cooperativistas. Los dos primeros surgidos directamente de los procesos de subcontratación (de una parte del proceso productivo y de la fuerza de trabajo), esencia del modelo denominado postfordismo; y el tercero que ha visto incrementada su presencia como consecuencia de los altos niveles de desempleo formal documentados en los últimos años. Como se puede advertir, el método ofrece amplitud de detalle del fenómeno en sus diferentes niveles de precisión.

Otro ejemplo de aplicación para la discusión de la propiedad es la esfera financiera. Es decir, aquí la recuperación de la discusión de propiedad tiene un aspecto relevante en cuanto la generación de nuevos campos de dominio. En este caso tiene que ver con la propia evolución del sistema capitalista, ahora bajo el dominio del capital financiero en el que se monopoliza el uso de la moneda mundial en sus dos vertientes: sistema de pagos y el sistema de crédito (De Brunhoff, Suzanne, 1975). La idea que se busca comprobar es que este control permite generar *campos monetarios* que se constituyen como el límite del modo productivo dominante. Es decir, el actual proceso de *desdolarización* y la emergencia del uso de monedas nacionales dentro de relaciones multilaterales (el

caso de Rusia y China, y su área de influencia) significan el proceso de transformación cualitativa que puede impulsar el todo social hacia una nueva determinación histórica.

Estos ejemplos dan cuenta de la necesidad de una *teoría de la transición* para efectos de visualizar los límites como necesidad de replanteamiento categorial, a fin de develar los procesos materiales que están listos para surgir, pero que presentan expresiones incipientes.

Consideraciones finales

La recuperación del trabajo de Agustín Cueva es un imperativo crítico para nuestro tiempo. El uso militante del método (en su sentido marxista-leninista) otorga una fuerza de conciencia histórica para generar políticas de transformación; sobre todo en tiempos como los actuales, en los que se vive la disolución de la hegemonía estadounidense, y la región latinocaribeña se encuentra en un momento con potencia revolucionaria (Benjamin, Walter, 2008).

Retomar el materialismo histórico en las investigaciones sociales contribuirá a superar el sistema ideológico dominante que en décadas pasadas limitó el desarrollo categorial de nuestras ciencias, provocando el desistimiento de la elaboración de las propias conexiones racionales centradas en la realidad latinocaribeña (sin olvidar el horizonte de totalidad).

Con Agustín Cueva, quedó demostrado que la línea divisoria entre civilización y barbarie no es una frontera geográfica (entre países), ni un estadio de desarrollo (entre sociedades capitalistas y precapitalistas), sino una realidad material que solo podemos comprender si se tiene clara la frontera ético-moral (entre las clases sociales y los intereses que persiguen). Esto nos lleva a trazar nuevas formas de pensar los problemas económicos de nuestra región. Pensar una nueva ciencia económica.

De ahí que extendemos la invitación a volver al materialismo histórico, para que, con rigurosidad y definición, tracemos una nueva guía de análisis para el momento contemporáneo.

REFERENCIAS

- Bautista, Juan José. (2014). *¿Qué significa pensar desde América Latina?* Madrid: Akal.
- Benjamin, Walter. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Editorial Itaca, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Bettelheim, Charles. (1972). *Cálculo económico y formas de propiedad*. México: Siglo XXI.
- Chknavieriantz, A. (1976). *Categorías de la dialéctica materialista*. Moscú: Ediciones Circulo de Estudios.
- Cueva, Agustín. (1967). *Entre la ira y la esperanza*. Quito: Planeta.
- Cueva, Agustín. (1981) [5ta edición]. *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI Editores
- Cueva, Agustín. (1981^a). *El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas*. Casa de las Américas La Habana, 22.
- Cueva, Agustín. (2004). *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*. Ecuador: Ediciones de la revolución ecuatoriana
- Cueva, Agustín. (2015). “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”. En: Alejandro Moreano. *Entre el aire y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana* (83-115) Buenos Aires: CLACSO y Siglo XXI Editores.
- Cueva, Cueva. (2018). *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*. CLACSO, Buenos Aires.
- De Brunhoff, Suzanne. (1975). *Teoría marxista de la moneda*. México: ediciones Roca.
- De Gortari, Eli. (1979). *Introducción a la lógica dialéctica*. México: Grijalbo.
- Kosik, Karel. (1967). *Dialéctica de lo concreto*. México: editorial Grijalbo.
- Marx, Carlos. (2014). *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*. México: Siglo XXI editores.

Moreano, Alejandro. (2015). *Entre el aire y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO y Siglo XXI Editores.

Robinson. William. (2021). *El capitalismo global y la crisis de la humanidad*. México: Siglo XXI editores.

Sosnowski, Saúl. (1996). *Lectura crítica de la literatura americana. Inventarios. Inventiones y revisiones*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Sousa, Boaventura. (2008). *Los desafíos de las ciencias sociales hoy. Pensar el Estado y la sociedad: Desafíos actuales*. La Paz: Clacso/cides/umsa, Muela del Diablo.

Zavaleta, René. (1967). *El desarrollo de la conciencia nacional*. Bolivia: Diálogo.

Zavaleta, René. (1974). *El poder dual en América Latina. Estudio de los casos de Bolivia y Chile*. México: Siglo XXI editores.

Tras las huellas de la sociología latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX

Notas de dos ensayos de Agustín Cueva

Tomás Quevedo Ramírez*

Introducción

“Es menester algo que para el hombre común podría constituir un ‘sexto sentido’, pero para el sociólogo profesional tiene que ser el primero: una hipersensibilidad frente a los movimientos subterráneos de la historia y ante los vientos que estremecen los diferentes pisos del edificio social” (Cueva, Agustín, 1988).

Los debates y los análisis sobre las Ciencias Sociales latinoamericanas en general, y de la sociología en particular, se han multiplicado desde la segunda mitad del siglo XX. Se asiste a un momento en el cual hay una

* Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas – UCE. Observatorio del Trabajo y el Pensamiento Crítico – UCE. ntquevedo@uce.edu.ec

reflexión y revisión constante sobre las tradiciones del pensamiento latinoamericano. Los análisis van desde el posicionamiento de autores, la reconstrucción de los ejes de debate de una generación, o la revisión de sus enfoques teóricos y conceptuales. Ecuador no ha sido la excepción, ya que en el país también se ha desarrollado desde la sociología el interés por indagar y construir la historicidad y los referentes de la sociología ecuatoriana (Albornoz, César, 1995; Altmann, Philipp, 2018, 2021; Campuzano, Álvaro, 2018; Chávez, David 2021; Pilca, Patricio, 2011; Polo, Rodrigo, 2012; Quevedo Ramírez, Tomás, 2021; Roig, Andrés, 1979; Sarzoza, Gabriela, 2016).

En este marco, el objetivo de este artículo es indagar en la relación entre los acontecimientos históricos sucedidos desde los años setenta y las transformaciones en las Ciencias Sociales, a partir de la lectura de Agustín Cueva. El sociólogo ecuatoriano fue un testigo privilegiado de la tensa coyuntura latinoamericana a lo largo de los sesenta, setenta y ochenta. Cueva vivió la radicalización producto de la Revolución Cubana y también la primera etapa de reflujo y triunfo de la revolución conservadora neoliberal. Su biografía intelectual se desarrolló en un itinerario que lo llevó primero a Chile, durante tres años, después de la clausura de la Universidad Central del Ecuador (UCE), en 1970, en el autogolpe de Velasco Ibarra. Finalmente, se estableció en México debido a la invitación realizada por el entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) Pablo Gonzales Casanova (Villacís, Rodrigo, 1988, p. 20).

En sus notas Sobre exilios y reinos I: Reflexiones sobre el desarrollo de los Estudios Latinoamericanos en México (1984) y Sobre exilios y reinos II: Notas críticas sobre la socialdemocratización de la sociología sudamericana (1988) realizó algunas observaciones sobre cómo los contextos sociopolíticos o las coyunturas latinoamericanas incidieron e incluso modificaron las posiciones políticas, no solo de los científicos sociales, sino también de sus campos de conocimiento. Así también, en el año 1972, en su artículo Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana subrayó algunos puntos clave sobre este campo de conocimiento en el país.

En esta perspectiva la pregunta que se plantea es ¿cómo caracteriza Cueva la relación entre coyuntura sociopolítica y las transformaciones de las ciencias sociales durante los años setenta y ochenta en América Latina? Para responder, se toma como fuente principal a los ensayos mencionados y se realiza una breve reconstrucción de las características generales del debate sobre la sociología latinoamericana y ecuatoriana. Luego se da cuenta de la lectura realizada por Cueva, sobre las transformaciones y mutaciones del campo de las ciencias sociales en Latinoamérica.

Consideraciones sobre el contexto de desarrollo de la sociología latinoamericana y ecuatoriana

La sociología latinoamericana, como todos los campos de conocimiento ha estado marcada por una “maldición” que parte del hecho colonial, la cual marcó una situación de dependencia no solo económica, sino también intelectual (Roitman, Marcos, 2008). Con ello, los conocimientos desarrollados en América Latina han sido puestos bajo sospecha como “poco científicos”, o como simples imitaciones o adaptaciones de las teorías europeas o norteamericanas. Esto provocó una pregunta permanente por la autenticidad o por las falencias de la realidad latinoamericana, al no poderse adaptar a los modelos teóricos previos, que dio como resultado una “sociología de la incompletitud, es decir, como una disciplina que pone el acento en la ausencia, en lo que falta o en lo que se desvía de lo modernamente deseado” (Cortés, Alexis & Morales, Juan, 2017, p. 12).

Las primeras corrientes de pensamiento que mostraban una preocupación por “lo social”, a finales del siglo XIX y principios del XX se inspiraron en Spencer o en el darwinismo social. Y construyeron una mirada racista sobre las sociedades latinoamericanas, donde la heterogeneidad era vista como un obstáculo para el desarrollo de la civilización. En este momento se promovía “la sociología como cátedra” adjunta a las facultades de jurisprudencia (Altmann, Philipp, 2021; Campuzano, Álvaro, 2018; Giordano, Verónica, 2017; Sarzoza, Gabriela, 2016). A medida que

las preguntas por la sociedad se complejizaron, se rompió con las viejas concepciones, se criticó el ensayismo y se dieron los primeros intentos de una “sociología científica”, de la mano del estructural-funcionalismo. Esta corriente dominó gran parte de la primera mitad del siglo XX y sus características fueron la “neutralidad valorativa”, la introducción de técnicas de investigación, el “empirismo abstracto” y se dejó de lado el debate teórico y la discusión política (Cortés, Alexis, & Morales, Juan, 2017; Giordano, Verónica, 2017; Roitman, Marcos, 2008).

Una de las primeras problemáticas que copó el debate de los precursores de la sociología fue la “modernización”. Existía el supuesto de una “falta” de elementos para que las sociedades latinoamericanas llegasen a ser modernas; con base en este criterio se construyeron distinciones como “sociedades tradiciones” y “sociedades modernas”. A pesar de ello, clásicos como Gino Germani o Florestan Fernández asumieron el reto de “pensar con cabeza propia” la realidad latinoamericana. Germani y Fernández convirtieron “las especificidades históricas de nuestras sociedades en la fuente principal de sus síntesis teóricas” (Cortés, Alexis, & Morales, Juan, 2017, p. 12). Sus reflexiones no dejaron de tener el *componente utópico*, un elemento característico de la sociología latinoamericana.

El reto constante de pensar la especificidad fue dando forma una sociología caracterizada por la hibridación con otros campos de conocimiento como la historia, la economía o la política (Cortés, Alexis, & Morales, Juan, 2017; Giordano, Verónica, 2017). El cruce con otras disciplinas fue otra característica del pensamiento sociológico latinoamericano (Giordano, Verónica, 2017, pp. 39-40). Muestra de ello fue el apareamiento de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en 1948 que, bajo el liderazgo de Raúl Prebisch, vinculó a economistas y sociólogos¹ que abrieron el debate sobre el desarrollo y el papel de la “periferia” en el capitalismo mundial.

¹ La CEPAL aglutinó a una primera generación de científicos sociales latinoamericanos como fue el caso de: José Medina Echavarría (quien había traducido *Economía y sociedad* de Max Weber en 1948), Enzo Faletto, Florestan Frenandez, Fernando Henrique Cardoso, Celso Furtado, María Concepción Tavares, Oswaldo Sunkel (Roitman, Marcos, 2008, p. 53).

Esto provocó una fuerte vinculación de la sociología con la política pública, ya que los estudios de la CEPAL permitieron crear sugerencias para que los países busquen mayores niveles de desarrollo económico. En este periodo se produjo la institucionalización de la sociología en gran parte de países latinoamericanos. También se formó la Asociación Latinoamericana de Sociología (1950), además de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, 1957) y en lo posterior el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO, 1967) (Blanco, Alejandro, 2005). Sin embargo, la dictadura brasileña de 1964 produjo el primer momento de exilio hacia Chile, de científicos sociales, quienes dieron forma a la “teoría de la dependencia” y que tuvieron en la CEPAL su primer espacio de trabajo.

En este marco, la sociología tomó un carácter ambiguo, ya que “se asume los postulados funcionalistas y al mismo tiempo los desborda” (Giordano, Verónica, 2017, p. 43), lo que abre paso al nacimiento de la *sociología crítica latinoamericana* (Giordano, Verónica, 2017). Un ejemplo de ello fue la *teoría de la dependencia*, donde surgieron hibridaciones entre sociología e historia. La teoría de la dependencia introdujo elementos metodológicos de carácter comparativo entre unidades nacionales, para explicar las “situaciones de dependencia” (Giordano, Verónica, 2017, pp. 45-46; Roitman, Marcos, 2008). Así, los sesenta se mostraron como un punto de inflexión que posibilitó el desarrollo de una sociología crítica con una importante influencia del marxismo y de la historia. El impulso de la sociología crítica abrió un escenario de debates y florecimiento de las ciencias sociales latinoamericanas, en un momento político de radicalización de intelectuales y estudiantes (Rubinich, Lucas, 2017), mas no de la sociedad en su conjunto.

Para los años setenta las experiencias dictatoriales se expandieron en el Cono Sur y obligaron a nuevos exilios en México, que acogió a brasileños, argentinos, chilenos, e incluso al propio Agustín Cueva. En esta época, el país azteca se convirtió en el espacio de referencia de las ciencias sociales latinoamericanas, debido a la abundante producción teórica representada en libros y revistas. Si bien las dictaduras no detuvieron el desarrollo de la sociología crítica, sí marcaron un giro hacia la derecha

en los ochenta. El cambio no fue solo político, sino que también afectó a las Ciencias Sociales. Se impuso una visión tecnocrática, basada en la especialización sin mayor referencialidad histórica y se generalizó una práctica de medición de fragmentos propuesta como objetividad (Giordano, Verónica, 2017, p. 29; Roitman, Marcos, 2008, p. 132). La nueva visión tecnocrática marcó un retroceso de las Ciencias Sociales, debido a que se abandonaron las explicaciones estructurales, históricas e incluso se sustituyó el concepto de dependencia por el de globalización.

James Petras llamó a este proceso “la metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos” (Petras, James, 1988). La sociología fue reducida a un componente de diagnósticos socioeconómicos, de construcción e interpretación de indicadores que dejaban de lado la complejidad social. El ataque presupuestario a las universidades implicó el abandono de la labor de investigación, se crearon nuevos centros privados de investigación y ONG donde las problemáticas, los enfoques teóricos y metodológicos estaban determinados por los intereses de los financistas. Es decir, el sociólogo intelectual de los años sesenta, fue reemplazado por el sociólogo profesional, quien se convirtió en un personaje importante en los procesos de racionalización del Estado.

Breves antecedentes de la sociología ecuatoriana

La sociología ecuatoriana tiene varias etapas en su proceso de consolidación. Sus orígenes, se remontan a la Facultad de Jurisprudencia de la UCE, en 1915. El primer docente de la cátedra de Sociología fue Agustín Cueva Sanz, quien diseñó un primer canon de la sociología basado en Ludwig Gumpowicz, Alfred Fouillée, Tarde, Spencer y Durkheim (Altmann, Philipp, 2021, p. 105). A inicios del siglo XX varios autores usaban la palabra “sociología” en sus obras, tal es el caso de Alfredo Espinosa Tamayo que escribió “Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano” (1916). E incluso se puede hablar de un antecedente obrero, con el texto

del dirigente sindical José Elías Naula,² “Principios de sociología aplicada” (1919). Se debe considerar también, los escritos de Belisario Quevedo y en especial su “Sociología, política y moral”, así como la obra “El Indio Ecuatoriano” (1922) de Pío Jaramillo Alvarado, a pesar de su carácter antropológico. Además de los dos tomos de “Ensayos sociológicos y políticos” (1924) de Antonio Quevedo, y el texto del ambateño Mentor Mera “El proceso sociológico del Ecuador” (1934) –publicado por primera vez en 1987–.

Estos trabajos, cuya preocupación se centró en “lo social”, muestran un enfoque teórico ecléctico. Si bien predominó una visión positivista influenciada por Spencer (Altmann, Philipp, 2021), también hubo rasgos de darwinismo social, indigenismo y algunas ideas generales sobre Marx y el marxismo. Contrario a la caracterización de un “pensamiento jurídico-social” o de una proto-sociología (Campuzano, Álvaro, 2018; Roig, Andrés 1979; Sarzoza, Gabriela, 2016, pp. 78-79), las obras incorporaron preocupaciones sobre los pueblos y nacionalidades (desde enfoques racialistas e indigenistas), hasta explicaciones por el devenir de la civilización y la organización de la sociedad ecuatoriana. Por lo tanto, el pensamiento de estos primeros autores no corresponde a la categoría de jurídico, más allá de su relación con las facultades de jurisprudencia o su formación en derecho. Su obra muestra una clara preocupación por “lo social”, al menos en los autores mencionados.

Otro periodo importante, es el de los años cuarenta, puesto que hubo presencia internacional en la institucionalización la sociología latinoamericana. Este fue el caso de Ángel Modesto Paredes y Luis Bossano, quienes combinaron su labor académica con la política³ –al igual que lo había hecho Cueva Sanz, Naula, Belisario y Quevedo– (Altmann, Philipp, 2021, p. 117; Blanco, Alejandro, 2005, p. 24). Paredes fungió como representante de la sociología ecuatoriana en instancias internacionales y

2 José Elías Naula era dirigente de la Sociedad de Cacahueros Tomás Briones y más tarde de la Confederación Obrera del Guayas.

3 “Bossano había sido embajador de Ecuador en España y Paredes consultor jurídico del Ministerio de Relaciones Exteriores” (Blanco, Alejandro, 2005, p. 24).

asistió a la fundación de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) en 1948. Además, logró tejer una importante red internacional que hizo posible que Quito fuera la sede del Tercer Congreso Latinoamericano de Sociología (1955). Como fruto de este proceso, se creó la Sociedad Ecuatoriana de Sociología, en los años cincuenta. Sin embargo, esto no significó que los trabajos de los sociólogos ecuatorianos tuvieran mayor recepción en el plano latinoamericano (Altmann, Philipp, 2021, p. 116).

Con estos antecedentes, entre 1964 y 1965 se desarrolló la Especialización en Sociología y Antropología en el marco del convenio de cooperación de la Universidad de Pittsburgh y la Universidad Central, que fue visto en el momento como una forma de intervencionismo por parte de Estados Unidos (Pilca, Patricio, 2011, p. 71; Sarzoza, Gabriela, 2016, p. 78). La segunda institucionalización se dio en 1967, a través de la Escuela de Sociología, Antropología y Ciencias Políticas, creada sobre la base de la anterior especialización y adscrita a la Facultad de Jurisprudencia. Tan solo pocos meses después, la escuela pasó a llamarse Sociología y Ciencias Políticas (Sarzoza, Gabriela, 2016, p. 83).

Desde 1969 el pensum dio un giro del estructural-funcionalismo al marxismo en distintas variantes; desde el marxismo clásico al estructuralista de corte althusseriano. Esto marcó la dicotomía entre profesionalización y la función social-revolucionaria de la sociología que se profundizó durante los setenta y que ha sido permanente desde entonces (Pilca, Patricio, 2011, p. 74). La tendencia en la enseñanza de materias relacionadas con el marxismo (materialismo histórico o dialéctico) se mantuvo hasta finales de los ochenta. No obstante, la caída del muro de Berlín marcó una etapa de pérdida del horizonte de la anterior sociología y se posicionaron nuevas preocupaciones relacionadas con los espacios laborales y las capacidades técnicas para el trabajo en las ONG.

La tradición marxista de finales de los ochenta ha persistido más como fantasma, que, como una realidad materializada en investigaciones, grupos de trabajo o posiciones políticas dentro de la sociología; más bien tendió a una mutación en los objetos de investigación (Pilca, Patricio,

2011). Si bien, la enseñanza desde esta etapa continuó en el marco de la formación de un “sentido crítico”, ya no tuvo al marxismo como referente principal. Hubo apertura a nuevos autores y problemáticas enmarcadas en la teoría de los movimientos sociales, la teoría de la cultura, los debates entre modernidad y posmodernidad, con un enfoque latinoamericano. En todo este proceso se dejó de lado la historicidad del campo sociológico ecuatoriano, con excepción del esfuerzo de Rafael Quintero y su trabajo sobre Ángel Modesto Paredes (Altmann, Philipp, 2021; Sarzoza, Gabriela, 2016).

Esta situación se combinó con una dinámica de debilidad institucional, donde los procesos académicos no eran claros e incluso la asistencia de los docentes a clase era informalmente “opcional”. En ese marco, no hubo la suficiente profundización teórica en autores clásicos ni contemporáneos, sino un conocimiento general y la apropiación de varias técnicas de investigación, donde la autoformación y la “sociología del pasillo” jugaron un papel fundamental en la formación de las y los sociólogos.

Agustín Cueva y las Ciencias sociales latinoamericanas entre las décadas de los setenta y los ochenta

Para Cueva, las transformaciones de las ciencias sociales –en general– y la sociología –en particular– estaban relacionadas con las coyunturas sociopolíticas de América Latina. Sus ensayos se concentraron en los cambios suscitados desde los años setenta, los cuales fueron provocados por el terrorismo de estado, producto de las dictaduras, la amenaza de guerra permanente en Centroamérica y las continuas crisis del capitalismo. La consecuencia para las y los científicos sociales fue el exilio y México se convirtió en el destino privilegiado.

En este contexto, el pensamiento social latinoamericano mostró como característica “la preocupación por el destino de nuestros pueblos” (Cueva, Agustín, 1989b, p. 96), elemento que lo ha fortalecido y le ha dado identidad. En esa perspectiva, para Cueva, pensar en clave sociológica implicaba pensar el “sujeto histórico” en América Latina. Para ello,

realizó una advertencia metodológica, en el sentido de que este sujeto tiene singularidades subregionales y nacionales que deben ser analizadas. Este postulado se contraponía a las “ciencias sociales de un mundo finalmente conservador como el de los países ‘centrales’” (Cueva, Agustín, 1989a, p. 97), donde la sociología expulsa al sujeto e, incluso, a las propias relaciones sociales y se enfoca en los individuos o en modelos abstractos donde la realidad tendría que calzar.

En los planteamientos de Cueva, la política lo permea todo; con mayor fuerza la actividad sociológica. Él propone que en los sesenta se formó un “perfil científico propio” de la sociología latinoamericana, conformado por “una problemática relativamente específica, un principio de historia relativamente autónomo y un acervo de referentes capaz de permitir un diálogo sostenido y autocentrado” (Cueva, Agustín, 1989a, p. 97). Esto se explica por las dinámicas del campo de las ciencias sociales y de la sociología, donde la problemática central era el rol de América Latina en el proceso de reproducción mundial del capitalismo. Los conceptos de desarrollo-subdesarrollo, centro-periferia o dependencia, dieron como resultado líneas de análisis sobre América Latina centradas en la estructura económica, política, social y cultural de cada formación social (Cortés, Alexis, & Morales, Juan, 2017; Giordano, Verónica 2017; Roitman, 2008).

Estos elementos permiten observar una historicidad propia de la sociología latinoamericana, donde se posicionaron autores que debatieron, dialogaron y generaron rupturas en torno a diversas problemáticas (Blanco, Alejandro, 2005; Cortés, Alexis, & Morales, Juan, 2017; Giordano, Verónica, 2017). Sobre la base de estos intercambios, Cueva detalló los elementos de estas corrientes conceptuales y ubicó a la CEPAL como una instancia que ofrecía una visión detallada y coherente de Latinoamérica (Cueva, Agustín, 1989a; Giordano, Verónica, 2017; Roitman, Marcos, 2008). Remarcó su proyecto de desarrollo nacional autónomo, de tipo de capitalista, que pone en el tapete las problemáticas de la industrialización y la heterogeneidad estructural.

En esa misma línea, destacó las polémicas desatadas por la teoría de la dependencia, a la cual se le impugnó la forma de tratar la dependencia (Cueva, Agustín, 1988b, 1989b; Roitman, Marcos 2008), ya que no explicaba las causas estructurales de dicha relación. Por ejemplo, los procesos históricos de explotación y control político imperialista, que indicaban que la soberanía de los países latinoamericanos siempre será limitada (Cueva, Agustín, 1989a, p. 100). Cueva destacó el papel de Ruy Mauro Marini y su “teoría marxista de la dependencia”, ya que dejó “toda una serie de hipótesis sobre las modalidades específicas de acumulación en nuestras formaciones sociales, ligadas al movimiento internacional del capital y que implican, tal vez como rasgo esencial, la sobreexplotación de las clases trabajadoras” (Cueva, Agustín, 1989a, p. 100).

El tercer horizonte “ideológico-conceptual” reseñado por Cueva es la teoría del imperialismo, relacionada con la temática de la liberación de América Latina. En esta línea destaca el trabajo de Pablo Gonzales Casanova y los trabajos que piensan América Latina en el marco de sus relaciones con Estados Unidos. Cueva habla de enfoques liberadores, que de forma amplia denominó como “progresistas” y agrupaban desde investigadores marxistas, hasta cristianos vinculados con la teología de la liberación. En este contexto, el materialismo histórico fue central, dado que “constituye algo así como el piso de nuestra cultura sociológica” (Cueva, Agustín, 1989a, p. 102), situación que cambiaría drásticamente en la medida que avanzaron los ochenta (Giordano, Verónica, 2017; Pilca, Patricio, 2011; Roitman, Marcos, 2008).

Cueva se ocupó del declive del marxismo como enfoque privilegiado del análisis sociológico en el ensayo Sobre exilios y reinos II: notas críticas sobre la socialdemocratización de la sociología sudamericana (1988). En este trabajo, constata que la sociología radical, construida desde 1965 hasta 1975, sucumbía. Esta forma totalizante, crítica y que problematizaba la relación entre subdesarrollo y dependencia se perdía, debido a una contrarrevolución cultural marcada por la violencia, además de sus propias limitaciones (Cueva, Agustín, 1989b).

Infinidad de facultades y escuelas de sociología y de ciencias sociales en general fueron clausuradas; millares de intelectuales que en ellas trabajan fueron perseguidos, ‘desaparecidos’, forzados al exilio o, lo que a veces es peor, reducidos al silencio o al discurso ultracifrado; hubo bibliotecas quemadas, copiosas listas de libros prohibidos y, sobre todo, se difundió un terror penetrante que tornó superflua a la propia censura: la autocensura hizo sus veces y muy eficientemente (Cueva, Agustín, 1989b, p. 104).

El debilitamiento de aquella sociología radical tuvo relación con los factores coyunturales, es decir con la política de censura y persecución de las dictaduras del Cono Sur. Pero también con otras causas, como los avatares de la discusión teórica y el redescubrimiento de nuevas fuentes que reemplazaron conceptos como explotación, sujeto o clases sociales. En ese contexto, se privilegió una lectura “antojadiza” de los planteamientos de Antonio Gramsci, dejando de lado su militancia y su apego al marxismo, para posicionarlo como un teórico del consenso y de la hegemonía (Aricó, José, 1988; Cueva, Agustín, 1987).

Por otro lado, el triunfo de la revolución sandinista y el recrudescimiento de los conflictos en Centroamérica dieron paso al fortalecimiento de la tradición del nacionalismo-antimperialista. El contraste de estos procesos marcó un cambio de perspectiva en el horizonte del sociólogo sudamericano, quien había pasado del sueño de ser guerrillero al deseo de tener su proyecto o centro de investigación (Cueva, Agustín, 1989b, p. 104). De hecho, Cueva caracteriza al sociólogo de ese momento como:

Un profesional no solo de alto nivel sino además ecuménico: poseedor de una buena formación teórica, las más de las veces adquirida en Europa o en los Estados Unidos; poseedor, igualmente, de una cultura general bastante amplia, herencia del ambiente de los años setenta [...] era, pues, parte de una élite que no se podía desperdiciar (Cueva, Agustín, 1989b, p. 106).

Esta mutación en el quehacer sociológico estuvo marcada por el debilitamiento de la investigación en las universidades públicas y su delegación a espacios privados, bajo la forma de centros de investigación u ONG. En

este escenario se generalizó la dependencia del financiamiento de organizaciones de Estados Unidos o de Europa, lo cual tuvo incidencia en las líneas de trabajo, temáticas, enfoques y metodologías. La labor sociológica se restringió al trabajo de escritorio, sobre problemáticas puntuales y en algunos casos se desconectó de la dinámica social (Cueva, Agustín, 1989b). Aunque, se puede reconocer que, en algunos países latinoamericanos, además de servir como espacio laboral para los sociólogos, las ONG apoyaron espacios organizativos e incluso el desarrollo de proyectos de investigación sólidos y críticos en el largo plazo –sin dejar de lado intereses propios–. Es decir, contrario a lo que Cueva plantea, no todos los espacios de investigación privada implicaron subordinación y alejamiento de la figura del científico social de la realidad.

Lo que si se transformó fue los “productos de la investigación”, donde se desligó la reflexión teórica, se prefirió la producción de datos y se pasó del “espíritu del libro (o del artículo) al del informe” (Cueva, Agustín 1989b, p. 109). Este formato debe cumplir con los requerimientos exigidos por los financistas de la investigación y sus resultados son socializados pocas veces. Estas transformaciones se hacían sobre la lógica de mayor especialización y profesionalización, que suponían estar por fuera de la dimensión ideológica. Cueva fue enfático en señalar que este tipo de sociología cumple la función del mantenimiento del orden o de su reproducción y carga un profundo antimarxismo –incluso los que antes se habían considerado como marxistas–. Este fue el caso de varios dependentistas que devinieron en dirigentes políticos y que se convirtieron en piezas clave para la consolidación del neoliberalismo.

Otro giro importante marcado por los años ochenta fue el reemplazo del debate de la revolución, por el de la democracia (Pilca, Patricio 2011). Pero como señala Cueva, de una democracia abstracta “principista y casi ahistórica, en un continente de masas famélicas e intelectuales de tradición jacobina” (Cueva, Agustín, 1989b, p. 110). Se intentó posicionar a la democracia como una panacea por sí misma y se dejó de lado el debate por la forma de organización del Estado y la redistribución económica. Se trató a la democracia como un espacio puro, como si en ella no se expresaran los intereses de clase. La discusión sobre la política se redujo a

niveles de aceptación, popularidad cuya máxima expresión puede ser el “latinobarómetro” (Roitman, Marcos, 2008). En respuesta a esta visión, Cueva habló de democracias restringidas (Cueva, Agustín, 1988a).

Desde la caída del Muro de Berlín (1989) la sociología latinoamericana entró en crisis, dado que la legitimidad del proceso ruso, influenciado por el marxismo, fue puesta en duda. Además, los Estados abandonaron los proyectos desarrollistas para dar la bienvenida al neoliberalismo, esto implicó que:

El Estado, gran empleador de otra época, tiene que recortar los gastos sociales y, querámoslo o no, los sociólogos formamos parte de aquellos gastos. La desocupación amenaza al gremio; incluso existe ya un ejército sociológico de reserva. Los aspirantes a ‘cientistas sociales’ lo saben y, por eso, las carreras de sociología de las universidades públicas tienen cada vez menos candidatos (Cueva, Agustín, 1989b, p. 112).

La respuesta a esta crisis vino por el lado de la hiperespecialización, o en el desarrollo de competencias técnicas como una forma de garantizar la empleabilidad y como estrategia de sobrevivencia (Cueva, Agustín, 1989b). Al respecto Cueva señala que “tenemos un ejército de recolectores de datos que en el mejor de los casos serán capaces de presentarlos sistemáticamente, pero que jamás osarán interpretarlos y, que menos todavía, arriesgarán hipótesis que impliquen una perspectiva crítica” (Cueva, Agustín, 1989b, p. 114). Esto implicó también que los estudiantes exigieran una enseñanza más práctica y centrada en el desarrollo de destrezas que garanticen cualidades para el ingreso a los espacios laborales.

Cueva añade que el “proceso de reoccidentalización” –en el plano del pensamiento– consistió en dejar de lado las formulaciones y los debates latinoamericanos que se habían cultivado a lo largo del siglo XX, para dar paso a la “posmodernidad”, lo que implicaba expulsar al marxismo del pensamiento social, esto expresó “un claro reflujo teórico originado en una derrota político-militar” (Cueva, Agustín 1989b, p. 115). De ahí que el pensamiento neoconservador haya ganado terreno de la mano de la posmodernidad, como teoría del desencanto o de la madurez (Cueva,

Agustín, 1989b, p. 116). Esto se acompañó de una retórica filosófica enmarcada en el “relativismo”, donde creció el negacionismo, e incluso se rescataba y “lavaba la cara” a colaboradores del régimen nazi como Carl Schmitt o Martín Heidegger. Esta postura:

es rubia, demasiado rubia para el cholero, la indiada, la negrada y el pelaje de este continente. En los propios intelectuales criollos que la cultivan hay algo postizo: aún no han conseguido arreglarse un talante, una *allure* que encarne con soltura sus nuevos tormentos metafísicos (Cueva, Agustín, 1989b, p. 117).

Contrario a las diatribas posmodernas, para Cueva, la realidad latinoamericana se torna más compleja. La política persiste como posibilidad de cambio encarnada en los movimientos sociales, por tanto, subsiste la vinculación entre política y ciencias sociales por más operación técnica a la que quiera ser reducida. Como reconoce Cueva al final de su ensayo, las ciencias sociales ya no tienen un paradigma dominante, pues las mismas se alimentan de varios tipos de conocimiento y de enfoques críticos. Muchos de los cuales han surgido de la práctica de los nuevos movimientos sociales y de sus demandas concretas. Lo cual implica –para quien practica la sociología– el reto de una formación teórica sólida, afincada en un marco de pensamiento coherente, que permita aprehender la realidad. Así como una amplia cultura general y conocimiento de la historia, más allá de eso no hay recetas que ofrecer para Cueva (1989b, p. 120).

Breve apunte sobre la sociología ecuatoriana

En 1976 se publicó el primer número de la revista Ciencias Sociales, adscrita a la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas de la UCE, donde se recopilaron las ponencias del Primer Congreso Nacional de Facultades y Escuelas de Sociología. Agustín Cueva tituló a su intervención “Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana”. En este texto, se ofrece algunos elementos que permiten entender el desarrollo del pensamiento social ecuatoriano y de la sociología. Su punto de partida –en

concordancia con su adscripción al marxismo– propone que la producción de conocimiento no flota en el aire, ni se hace por simple voluntad, sino que es parte de la superestructura de una formación social y en consecuencia refleja, aunque con grados variables de autonomía relativa, las peculiaridades de la base económica, los problemas y las tareas históricas que allí surgen, las constelaciones y conflictos de clases existentes e incluso la mayor o menor capacidad de las clases fundamentales para conformar sus cuerpos de intelectuales orgánicos (Cueva, Agustín, 1976, p. 23).

Si bien reconoce la autonomía relativa del pensamiento, este se muestra en una relación permanente con la coyuntura y con la historicidad de los fenómenos que se analiza. Con esta aclaración, el autor hace un recorrido cronológico por el desarrollo de la sociología. Cueva coincide con varios de los estudios que ubican el origen de un renovado pensamiento social en los “tumultuosos años 20” (Altmann, Philipp, 2021; Campuzano, Álvaro, 2018; Cueva, Agustín, 1976; Sarzoza, Gabriela, 2016). Además, reconoce un antecedente en el pensamiento liberal y su máximo ideólogo José Peralta, además de Eloy Alfaro.

El desarrollo urbano y el fortalecimiento de la organización sindical fueron de la mano con la emergencia de explicaciones de la transformación de la sociedad ecuatoriana, que marcaron el contexto de la introducción del marxismo en el debate nacional (Quevedo Ramírez, Tomás, 2021). Para Cueva, esta primera etapa indica el surgimiento de una “sociología de izquierda” que busca entender el proceso histórico del Ecuador, donde resaltan los análisis de los intelectuales socialistas y comunistas; de manera especial, los trabajos teóricos de Manuel Agustín Aguirre y la obra histórica de Oswaldo Albornoz (Cueva, Agustín, 1976, pp. 24-25).

Sin embargo, el panorama del creciente cuestionamiento a las élites y sus mecanismos de reproducción encuentra sus límites en los años cincuenta, una vez que se ha ido consolidando el boom del banano en el gobierno de Galo Plaza (1948-1952). En este momento, los ideales del *desarrollismo* atraen a la intelectualidad, en un contexto de fortalecimiento del Estado. En este espacio de trabajo se generó una división entre las

tareas filosóficas asignadas a los intelectuales nativos y las tareas técnicas de organización del Estado a “expertos extranjeros” (Cueva, Agustín, 1976, p. 26). Con ello, se posicionó una visión pragmática de “solución de problemas”, que recomendaba dejar de lado cualquier sentimiento romántico o utópico.

En este contexto, emergió la sociología rural, cuya preocupación no era “analizar la estructura agraria en su conjunto, sino realizar estudios monográficos de comunidad que sean útiles para los programas de ‘integración del campesino a la vida nacional’” (Cueva, Agustín, 1976, p. 26). Para Cueva, los estudios agrarios no partieron de un análisis “globalizador y crítico de las estructuras sociales en su conjunto, las monografías ‘indigenistas’ están condenadas a ser una visión colonialista del problema” (Cueva, Agustín, 1976, p. 26). El proceso de profesionalización de la sociología rural, en los sesenta, se dio con su institucionalización en la UCE, de la mano de la agenda desarrollista que demandaba la producción de información para la nueva institucionalidad. Instituciones públicas como la “Junta Nacional de Planificación, el IERAC, la Misión Andina, los departamentos técnicos que van formando los distintos ministerios” fueron centrales en esta transformación (Cueva, Agustín, 1976, p. 27).

Este detalle permitió la creación de un espacio privilegiado para el trabajo del sociólogo en la administración estatal. Sin embargo, como subraya Cueva, el desarrollo de la sociología ecuatoriana fue contradictorio, ya que, al mismo tiempo que respondía a la demanda estatal, la sociología de izquierda se fortalecía con la influencia de la Revolución Cubana. A pesar de ello, Cueva plantea que el efecto en el plano sociológico fue más bien “amorfo”, ya que, si bien se puede plantear un escenario de izquierdización, los únicos libros que reflejarían cierta relación con el marxismo serían el “*Yugo feudal*” de Jaime Galarza y la “*Historia de la acción clerical en Ecuador*” de Oswaldo Albornoz. La militancia no se reflejó en la profundización del marxismo, sino más bien en “un espíritu ‘contestatario’ que irrigó todas las manifestaciones del momento” (Cueva, Agustín, 1976, p. 28).

Conforme avanza la década del setenta para Cueva, la dinámica del pensamiento se mueve entre un sentimiento de repudio radical al sistema y un sentimiento de repudio también al marxismo “tradicional”. Y lo particular del Ecuador es que esto no se traduce, como en otros países del continente en la conformación de corrientes teóricas de pretensión ‘neomarxista’. Con ello, Cueva se refiere a las recepciones en el pensamiento de Gramsci o incluso de la Escuela de Frankfurt. El rechazo al marxismo no implicó una nueva alternativa teórica, sino más bien un vacío, que fue llenado con la búsqueda de nuevos autores y el posicionamiento de nuevas problemáticas (movimientos sociales, organizaciones barriales, los debates teóricos), en las cuales persiste el sentimiento contestatario, la visión crítica y un enfoque latinoamericanista.

Este ambiente llevó a la sociología a ser considerada como una “actividad específica” y al sociólogo como un técnico de proyectos; a partir de entonces la dimensión empírica de recopilación de datos estadísticos ganó terreno frente a la producción teórica (Cueva, Agustín, 1976, p. 29,30,31), aunque esto no significó el fortalecimiento de las áreas metodológicas. A pesar de ello la experiencia de los años sesenta habría generado las condiciones técnicas de producción y “el piso instrumental necesario para la realización de estudios cada vez más precisos de la realidad” (Cueva, Agustín, 1976, p. 30). Además de las condiciones sociales de producción que permitieron “la asimilación de una visión de clase coherente, que permite también la superación del empirismo y la fragmentariedad” (Cueva, Agustín, 1976, p. 30). Es decir, en la sociología de este periodo se desarrollaron ciertas herramientas prácticas (limitadas a la estadística y lectura de indicadores), pero también la preocupación política relacionada con el devenir del movimiento obrero y en adelante de otros movimientos sociales.

Conclusiones

La sociología latinoamericana comparte huellas históricas relacionadas con su posición “periférica” frente a la producción europea y norteamericana, que se convirtieron en los principales referentes en la producción

de conocimiento “científico”. En ese marco, la adaptación de la teoría a la realidad no siempre fue satisfactoria y por ello el reto fue “pensar con cabeza propia” la especificidad de las formaciones sociales. Proceso que permitió la construcción de una sociología propia, con problemáticas comunes y autores referentes. En América Latina, la relación entre sociología y política ha estado presente a lo largo de su historia, ya sea por medio de la militancia directa de los autores, o por el sentido utópico con el que se produce.

Esto es evidente en los ensayos y memorias de Cueva, respecto a las transformaciones sufridas por la sociología en los setenta y ochenta. En ese momento se dieron giros significativos y drásticas mutaciones en las formas de hacer sociología y en las posiciones políticas de los autores. La sociología radical de los años sesenta cedió terreno a una visión tecnocrática del análisis social, acompañado de un proceso de privatización de la investigación en las ONG. Estos organismos se convirtieron en un importante espacio de trabajo para las y los sociólogos, pero al mismo tiempo su trabajo fue dependiente de quienes financiaban las investigaciones. La tecnificación de la sociología tuvo lugar entre el momento revolucionario, inaugurado por la Revolución Cubana y la derrota política-militar que significaron las dictaduras y el posterior triunfo del neoliberalismo. En esa coyuntura histórico-política se observa cómo cambian las preocupaciones de la sociología; se pasó de analizar las clases sociales y la explotación para generar insumos para la revolución a pensar la democracia como la forma más elevada de construcción del consenso. El sociólogo pasó de un protoguerrillero a un técnico de proyectos.

La sociología ecuatoriana –desde la perspectiva de Cueva– tiene un proceso histórico particular, ligado a determinados periodos, en los cuales, si bien hubo momentos críticos y de mayor radicalización de quienes la producen, no hubo un alineamiento y mucho menos una producción teórica sostenida desde el marxismo como enfoque dominante, aunque el mismo sí se encontraba en los planes de estudio de la carrera (Pilca, Patricio, 2011). A esto habría que añadir que la explicación de Cueva es general (Sarzoza, Gabriela, 2016) y da poco detalle sobre autores o problemáticas tratadas en cada uno de los periodos que analiza. Esto pasa

como recalca Sarzoza con la idea de “sociología de izquierda” o con la idea de una “sociología marxista” (Pilca, Patricio 2011). Esta corriente no llega a ser definida, pero se entendería que consiste en “aprender el marxismo y aplicarlo consecuentemente al estudio concreto de una realidad concreta” (Cueva, Agustín, 1976, p. 32), “con miras a una transformación radical y definitiva de nuestra América” (Cueva, Agustín, 1981, p. 18).

BIBLIOGRAFÍA

- Albornoz, César. (1995). *El pensamiento crítico ecuatoriano del siglo XX*. El Duende.
- Altmann, Philipp. (2018). Production of truth as reduction of complexity. Understanding society with peripheral critical sociology. *Journal of Sociocybernetics*, 51, 5-19.
- Altmann, Philipp. (2021). Los últimos spencerianos. Hacia un canon de la primera sociología ecuatoriana. *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, 71, 103-120. <https://doi.org/10.17141/iconos.71.2021.4803>
- Aricó, José. (1988). *La cola del Diablo. Itinerarios de Gramsci en América Latina*. Editorial Nueva Sociedad.
- Blanco, Alejandro. (2005). La Asociación Latinoamericana de Sociología: Una historia de sus primeros congresos. *Sociologías*, 14, 22-49.
- Campuzano, Álvaro. (2018). Institucionalización universitaria de la sociología: Las décadas de 1960 y 1970. En Gioconda. Herrera (Ed.), *Antología del pensamiento crítico ecuatoriano contemporáneo* (pp. 560-586). CLACSO.
- Chávez, David. (2021). Marxismo relacional y «tercermundización» en Ecuador. En *De los tzantzicos a la crítica ecológica. Un marxismo en el Ecuador por descubrir [primera parte]* (Vol. 1, pp. 9-60). CLACSO.
- Cortés, Alexis., & Morales, Juan. (2017). Editorial. Repensando la sociología latinoamericana. *Temas Sociológicos*, 21, 9-25.
- Cueva, Agustín. (1976). Notas sobre el Desarrollo de la Sociología Ecuatoriana. *Revista Ciencias Sociales*, 1, 23-32.
- Cueva, Agustín. (1981). El pensamiento social latinoamericano (Notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período). *Anales-UCE*, 358, 9-18.
- Cueva, Agustín. (1987). El fetichismo de la hegemonía. En *La teoría marxista. Categorías*

- de base y problemas actuales (pp. 149-163). Planeta-Lettraviva.
- Cueva, Agustín. (1988a). *Las democracias restringidas de América Latina*. Planeta.
- Cueva, Agustín. (1988b). ¿Vigencia de la autocrítica o necesidad de autocrítica? (Respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Banbirra). En *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (pp. 85-93). Universidad de Guayaquil.
- Cueva, Agustín. (1989a). Sobre exilios y reinos I. Reflexiones sobre el desarrollo de los estudios latinoamericanos en México. En *América Latina en la frontera de los noventa* (pp. 93-102). Planeta-Lettraviva.
- Cueva, Agustín. (1989b). Sobre exilios y reinos II: notas críticas sobre la socialdemocratización de la sociología sudamericana. En *América Latina en la frontera de los 90* (pp. 103-120). Planeta-Lettraviva.
- Giordano, Verónica. (2017). La crítica como proyecto intelectual. Hilvanes continuistas del pensamiento social latinoamericano. *Temas Sociológicos*, 21, 27-53.
- Petras, James. (1988). La metamorfosis de los intelectuales latinoamericanos. *Estudios Latinoamericanos*, 3(5), 81-86.
- Pilca, Patricio (2011). *Transformaciones de los imaginarios de revolución en las y los estudiantes de la Escuela de Sociología de la PUCE*. Universidad Central del Ecuador.
- Polo, Rafael. (2012). *La crítica y sus objetos. Historia intelectual de la crítica en Ecuador (1960-1990)*. FLACSO Sede Ecuador.
- Quevedo Ramírez, Tomás. (2021). Lecturas e influencia de Marx en la primera mitad del siglo XX en Ecuador. *El Ejercicio del pensar. Boletín del Grupo de Trabajo Herencias y perspectivas del marxismo*, 8, 5-33.
- Roig, Arturo. (1979). Los comienzos del pensamiento social y los orígenes de la sociología en el Ecuador. En *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano* (pp. 9-126). Banco Central del Ecuador-Corporación Editora Nacional.
- Roitman, Marcos. (2008). *Pensar América Latina. El desarrollo de la sociología latinoamericana*. CLACSO.
- Rubinich, Lucas. (2017). Los sociólogos intelectuales: Cuatro notas sobre la sociología de los años 1960. *E-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, 15(60), 48-66.
- Sarzoza, Gabriela. (2016). *Emergencia de la sociología en el Ecuador a mediados del siglo XX*. FLACSO Sede Ecuador.
- Villacís, Rodrigo. (1988). La ira y la esperanza según Agustín Cueva. *Mundo Diners*, 69, 20-25.

Archivo. Radiografía de su obra

La disidencia en Disneylandia

René Baez*

El aporte de Agustín Cueva a la cultura nacional y continental cubrió el amplio espectro disciplinario de la historia, la sociología, la economía, la política, la filosofía y la crítica literaria. Campos del saber asumidos y cultivados –conforme dijimos– como elementos íntimamente relacionados con el ser y el devenir de nuestra América.

La línea fundamental de reflexión y creación que se impuso fue la interpretación del proceso histórico y legible, tareas siempre pensadas como medio de identificar las causalidades del presente y los vectores del porvenir. Su primera incitación fue el Ecuador, patria amada y amarga de la cual se mantuvo exiliado incluso cuando convivió entre nosotros.

A la exégesis de la evolución nacional dedicó sus dos primeros libros: el transitado *Entre la ira y la esperanza* y *El proceso de dominación política en el Ecuador*. El primero de ellos, originalmente y todo por la casa de la cultura, en 1967, contiene un penetrante e iconoclasta ensayo sobre las manifestaciones literarias y artísticas más conocidas de autores

* Fragmento del libro *La disidencia en Disneylandia: el pensamiento*, publicado en 1998.

ecuatorianos producidas entre el inicio de la época colonial y la primera mitad de este siglo.

Ensayo incisivo y colérico pone al descubierto la condición colonizada y servil de la mayoría de nuestros intelectuales, tan proclives a la imitación y a las carencias de poder. Pues sí, el prisma seguro solamente crítico de Cueva no impide y, por el contrario, le permite, al hablar mejor la autenticidad y calidad estética de los como Espejo, Montalvo, los “decapitados”, Icaza, Carrera Andrade, el grupo Guayaquil, Pablo Palacio, Los Tzántzicos y algunos más.

Sintéticamente, *Entre la ira y la esperanza* a la par que desnuda y hasta ridiculizar a la transplantada y oropeles cada cultura de nuestras clases dominantes, recupera las formas y contenidos genuinos y, por lo mismo, universalizantes de algunas de las creaciones nacionales. De este modo, traza las grandes rutas por donde han de transitar los escritores y artistas verdaderos del presente y el futuro.

El proceso de dominación –ensayo que recibiera una distinción de la Casa de las Américas, compartida con Eduardo Galeano y su clásico *Las venas abiertas de América Latina*– comprende una diáfana y refrescante lectura del devenir social y político nacional en el periodo que se abre con la revolución del 95.

Visto en retrospectiva, este nuevo aporte de Agustín Cueva habría constituido el acontecimiento fundacional de la modernidad histórica ecuatoriana, especialmente porque introduce por primera vez en nuestro medio la metodología dialéctica y estructural, que permite una comprensión de la historia como un proceso totalizante.

Mérito especial y destacable *El proceso* constituye su condición de trabajo pionero en la interpretación del populismo velasquista... no recomendable relectura en este cierre de siglo. Al resonante éxito de *El proceso* –me cupo el honor de ser su primer editor y en esa condición verificar la calurosa acogida del público– debe atribuirse en gran medida el fértil momento que vivieran las ciencias sociales ecuatorianas en

los años 70. Hacia 1988, según recordaba el propio Agustín en el prefacio a una edición nuevamente actualizada, el libro había acumulado al menos dieciocho apariciones, incluida una publicación “pirata” en inglés.

El erudito argentino Roberto Agoglia catálogos a el proceso en un rango más alto de la historiografía ecuatoriana. El veredicto del público no ha sido menos concluyente: *El proceso* es el trabajo de autor ecuatoriano que más ediciones ha merecido. Las contingencias de la vida política ecuatoriana, concretamente el “autogolpe” de Velasco Ibarra en 1970 y la automática clausura de la rebelde Universidad central, en la cual Agustín se desempeñaba como director de la Escuela de Sociología, catedrático de la Facultad de Economía y responsable de la revista *Hora Universitaria* le llevan a dedicarse a radicarse en Chile primero y en México a partir de 1972.

En este último país y como una proyección natural de sus inquietudes académicas y políticas, luego de un colosal esfuerzo investigativo en la UNAM, concluye y publica su excelente libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, en el cual a partir de un riguroso y laborioso escrutinio de los procesos particulares de nuestros países, culmina elaborando la lógica general de la formación y reproducción del “subdesarrollo” de nuestra atribulada región.

El estudio es prontamente identificado como la interpretación más completa del devenir de América latina, consagrando continentalmente a nuestro compatriota. Ensayo premiado por siglo XXI y publicado recurrentemente por esa misma casa editorial a partir de 1977, ha sido traducido al japonés, holandés y portugués. Su décima tercera edición en castellano (1990) incorpora un espacio donde disecciona con su característica erudición la “crisis de alta intensidad” que vive en la región en vísperas del tercer milenio.

En la misma línea de reflexión interpretación de las realidades de nuestro atribulado su continente, publica *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (1979), una recopilación de ponencias y artículos –la mayoría todavía desconocidos en nuestro medio ecuatoriano– guiado,

según sus palabras, “por una obsesiva interrogación sobre la naturaleza de nuestro proceso histórico y la manera más idónea de interpretarla en una perspectiva liberadora”.

Dónde están los teóricos y metodológicos como dependencia, los modos de producción o el análisis dialéctico son discernidos con sus habituales profundidad y claridad. Igualmente procesos históricos de la significación de la experiencia chilena que encabeza Salvador Allende entre 1970 y 1973 y la pacificación del cono Sur en la misma década trágica de los 70.

Proceso este último magistralmente interpretado desde sus determinaciones económicas en la crisis del capitalismo regional, visionariamente, desde el proyecto de Gran Capital transnacional y nativo por el mercado y medio apelando a una estrategia global que incluye desde el terrorismo de estado hasta la “remodelación” a largo plazo de nuestras sociedades. Y qué fechas más recientes, será impulsada bajo formas democrátistas.

Pruebas concluyentes sobre la soporta el propio Agustín Cueva, cuando, por ejemplo, en su ensayo “La política económica del fascismo”, incluido en el libro de marras, identifica los siguientes rasgos del nuevo proyecto de la dominación del capital financiero internacional sobre nuestros países: i) desnacionalización de la economía; ii) desmantelamiento del sector capitalista de Estado “benefactor”; iii) pauperización absoluta de la clase obrera; iv) cancelación del Estado “benefactor”; v) centralización del capital y iv) transformación promonopólica del agro.

En años recientes ha dado en llamarse modernización, Agustín Cueva la identifica sin ambages como la plataforma económica del fascismo y autoritarismo. El componente represión del modelo –nos explica– está en función del grado de resistencia que le pongan los contingentes laborales y populares.

Con *El desarrollo* y Teoría social da inicio a su brillante serie de estudios sobre el drama de Nuestra América; línea de reflexión y producción que no le impiden reiteradas que vacaciones al campo complementario de su

inquietud: la crítica literaria. Acaso la más notable de tales salidas constituya *Lecturas y rupturas*, compilación de estudios de crítica literaria donde profundizar y actualizar su interpretación de la cultura ecuatoriana iniciada con *Entre la ira y la esperanza*.

En 1987 alumbra *La teoría marxista*, texto de exégesis, discusión y latinoamericanización de la gigantesca doctrina de Marx, Engels, Lenin y de los “condenados de la Tierra” (transitoriamente opacada por el derrumbe del Muro berlinés). En cuánto a la aludida lineal central de interpretación del continente, el propio año 1987 aparece *Tiempos conservadores*, publicación colectiva preparada bajo su coordinación y cuyo objetivo medular de análisis no era otro que “la derechización de occidente”, con las consecuencias que se han venido intensificando: anti tercermundismo, neoliberalismo (bautizado por Agustín como neodarwinismo social), racismo, xenofobia, discriminación sexual, relativismo moral. Es decir, el prepotente discurso de los Reagan, Thatcher, Nakasone, Mishima, Kundera, Hayek, Friedman y otros “brujos malvados”.

Por nuestro gran pensador, la nueva derecho imperial comporta una ofensiva que pretende borrar la historia del cristianismo por proclamar que todos los hombres son iguales en esencia y ante Dios; la ver la revolución francesa por postular la igualdad junto con la libertad y la fraternidad; la del marxismo por llegar al extremo de buscar la realización de la igualdad en el terreno material.

¡De esta profundidad y complejidad eran las inquietudes de Agustín Cueva!

En el mismísimo decenio de los 80 –signado por el triunfalismo del Gran Capital, el hundimiento del “socialismo real” en el Este europeo y la derrota de los pobres al Sur del planeta– la infatigable y disciplinada labor académica, la pasión crítica y la indignación moral de Agustín Cueva nos obsequian *Las democracias restringidas en América Latina y América Latina en la frontera de los 90*.

Las democracias contiene una recopilación de estudios donde pasa revista a las nuevas realidades y a las nuevas ilusiones en la región. En cuanto a las realidades, examina la agudización de los problemas económicos y sociales del continente expresivos de la crisis de nuestro capitalismo y de su administración bajo las fórmulas fundamentalistas dispuestas por la banca internacional y sus altos mandos –tipo FMI, Banco Mundial o BID– A partir del shock de la deuda de 1982; y, en cuanto a las ilusiones decirme el carácter formal, epidérmico y decorativo de la denominada democratización de América Llatina, instrumentado después del repliegue del fascismo del Cono Sur.

Democracias nostras las denomina irónicamente a las redivivas fórmulas de control social que se instalan a lo largo del continente en los años 80. Y no es que Agustín Cueva no creyera en la democracia. Su crítica se endereza a las democracias “sin pan”, las democracias puras que se agotan en el ritual de la periódica “elección de los elegidos”. En el libro comentado encuentra la oportunidad para denunciar otra de nuestras calamidades contemporáneas: la emergencia de la “industria del arrepentimiento” (Mario Benedetti) con su séquito de apologistas y cantores del orden y la democracia burguesas y sus agendas de investigación generosamente financiadas por gobiernos y fundaciones primermundistas. Agendas que, por cierto, no han dejado de incluir una farisaica preocupación por los pobres del Sur del planeta.

Las democracias termina con una disección de *El otro sendero*, del peruano Hernando de Soto, libro elogiado nada menos que por Ronald Reagan y distribuido por el AID, que, con sus fábulas sobre el “capitalismo popular” y el “reino de los microempresarios”, se convertiría en una serie de Biblia neoliberal latinoamericana.

El otro sendero –apunta Agustín Cueva– ilustra a cabalidad sobre la magnitud de la contrarrevolución ideológica y moral que la nueva derecha intenta llevar a cabo en nuestro país... a través del elector podrá comprobar cómo la marginalidad –ahora denominada “informalidad”– considerada hasta antes de la década de los ochenta como la peor expresión de la miseria y el subdesarrollo latinoamericano, es enfocada

actualmente, por los neoconservadores, como el verdadero “semillero” de empresarios a los cuales sólo la carencia de adecuadas reglas jurídicas impide convertirse en prósperos capitalistas. Si hasta hace poco los conservadores tenían aún ciertos escrúpulos éticos que les impedían presentar la desgracia ajena, fortuna, en nuestros días, tales prejuicios han sido ampliamente superados: no sólo hay que mantener esa miseria, sino además ufanarse de ella.

En *América Latina en la frontera de los años 90*, Cueva se sumerge nuevamente en los grandes temas y problemas contemporáneos del continente: el hundimiento económico-social de la región, el dogal de la deuda, la lógica de las privatizaciones, la denominada crisis de los grandes paradigmas (“o de la pequeña realidad”, ironiza Agustín), los vericuetos y la vacuidad de las democracias liberales, los derechos humanos, la metamorfosis conservadora de la socialdemocracia, las contestaciones del movimiento popular.

Testimonios penetrantes y dolorosos, vaticinios certeros, y no van invocaciones urgentes como cuando invita a recuperar el espíritu del Che para enfrentar al Nuevo Orden Mundial..., configuran este nuevo y patético mural de la América Llatina finisecular. En el umbral de su existencia física, acosado por una implacable enfermedad, Agustín Cueva se convierte, desde 1990 y hasta su muerte, en uno de los grandes cruzados continentales de la contracelebración del dominio instaurado contra nuestros pueblos en 1492. Fruto de esa campaña contra el rey de los 500 años, que le lleva a recorrer nuevamente la geografía latinoamericana, sus son sus breves ensayos *Falacias y coartada del V Centenario y América Latina* frente al “fin de la historia”, en los cuales persisten en su impugnación sin concesiones al colonialismo de ayer y al neocolonialismo de ahora. Al tiempo que refuta la tesis de qué día sionista de la historia formulada por el ideólogo imperial Francis Fukuyama.

En enero de 1992, pese a su desigual lucha con la muerte entrega al editor los originales revisados de *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, publicado en forma póstuma (1993) con un hermoso y justiciero prólogo de Fernando Tinajero. *Literatura y conciencia* es uno

de los legados más estéticos de Agustín Cueva. Contiene una selección de artículos de crítica literaria dedicados a identificar, según sus palabras, “como fue constituyéndose no sólo objetivamente, sino también en lo subjetivo lo que hoy denominamos situación de subdesarrollo”. Quienes hayan recorrido el libro podrán testificar como su obsesión por explicar la condición esencial del continente le lleva a explorar incluso en los intersticios de la ficción y de los sueños.

Editado en un delicado volumen *Literatura y conciencia histórica* discurre con singular solvencia sobre la obra de autores en apariencia tan distantes y disímiles como Alonso de Ercilla, Bartolomé de las Casas, Pablo Palacios, los decapitados o Jorge Enrique Adoum. Destaca en el compendio la reproducción del prólogo escrito por Agustín a dos de las novelas mayores del Nobel García Márquez: 100 años de soledad y el coronel no tiene quien le escriba, a propósito de la emisión de las mismas por la biblioteca Ayacucho.

No me queda duda de que, con este espléndido libro, Agustín quiso subrayar la validez de la esencia de la sentencia de Dostoyevski de que “sólo la belleza podrá salvarnos”.



Boletín del Grupo de Trabajo
Herencias y perspectivas del marxismo

Número **27** · Junio 2022